

Autor: Wearing, Stephen; Neil, John (1999). Ecoturismo. Impacto, tendencias y posibilidades. Pp. 94 a 114 Ed. Síntesis. Madrid, España.

Capítulo 4: Ecoturismo y zonas protegidas: en busca de la sostenibilidad.

Técnicas de gestión sostenible

Mientras que otros tipos de turismo más convencionales modifican el entorno para adecuarse a las necesidades específicas de su clientela, los ecoturistas no esperan y ni siquiera desean que se produzcan modificaciones sustanciales del entorno natural. En lugar de medir la calidad del recorrido turístico mediante estándares convencionales como la previsibilidad y la uniformidad de la experiencia vacacional, el éxito del ecoturismo se basa en lo inesperado. El ecoturismo le proporciona al turismo oportunidades para descubrir, participar activamente e interactuar con el medio ambiente que lo rodea, animándolo a que asuma un papel proactivo en la creación de su propia experiencia turística.

A pesar del creciente interés que está empezando a suscitar entre los grandes mayoristas turísticos, el ecoturismo sigue siendo en gran medida una actividad que llevan a cabo operadores más pequeños. Como consecuencia de ello, alcanza un volumen menor que el turismo de masas tradicional, dado que los operadores pequeños tienen limitaciones en lo que se refiere al número de clientes que pueden manejar en cualquier momento concreto. Debido al reducido volumen de las operaciones, el apoyo político, la estabilidad del mercado, los costes del negocio y el empleo no son tan fiables como en el turismo convencional. Sin embargo, también es cierto que el tamaño limitado de los grupos proporciona al turista una experiencia de mayor calidad.

No obstante, existe la inquietud de que el ecoturismo actúe de una forma muy parecida a la del turismo de masas, con la única diferencia de que en el ecoturismo se destruyen los recursos a un ritmo más lento. A corto plazo, el ecoturismo se ve como menos propicio a causar cambios en las zonas donde se localizan los destinos turísticos que el turismo de masas, en parte por sus dimensiones y en parte porque se necesitan instalaciones y más pequeñas. Sin embargo, se cree que, con el tiempo, los efectos acumulativos de esta actividad pueden empezar a sentirse de forma más evidente en el entorno y en las comunidades que habitan en los alrededores, con lo que se allanaría el terreno para el desarrollo del turismo de masas. Por cada viajero que está dispuesto a encontrarse con las zonas silvestres en su estado puro, hay otros viajeros, que se encuentran por cientos, que exigen la modificación de esas zonas para el uso y disfrute del turista, con carreteras asfaltadas, cafeterías, servicios, aparcamientos, zonas de picnic y toda una amplia gama de instalaciones.

Esta cuestión es fundamental para el ecoturismo y las zonas protegidas. Los ecoturistas prefieren vivir la experiencia de encontrarse en zonas naturales que se mantienen en estado puro y, por consiguiente, existe una importante coincidencia de intereses a favor de los objetivos de conservación. Sin embargo, aunque el ecoturismo dirigido hacia entornos naturales vírgenes puede tener efectos positivos, es importante que los gestores sean conscientes de los potenciales efectos adversos para poder combatirlos mediante la planificación cuidadosa y la gestión efectiva. Las agencias que administran las zonas protegidas pueden sentirse atraídas de forma significativa por los beneficios económicos del turismo, una circunstancia que puede poner en peligro los objetivos de

conservación. Los gestores deben tener claros tanto los objetivos del parque como las importantes diferencias entre los distintos tipos de turismo y los impactos que produce cada uno de ellos. Entre cuestiones que se suelen asociar con el turismo en los entornos naturales vírgenes figuran el número excesivo de visitantes, el conflicto que se plantea entre los diferentes tipos de usuarios, los desperdicios, las tarifas que han de pagar los usuarios y la distribución de información.

Así pues, un aspecto que se ha de tener muy en claro a la hora de afrontar las cuestiones relacionadas con la gestión del ecoturismo en entornos naturales es la manera de buscar un equilibrio que consiga maximizar el disfrute por parte de los visitantes, pero minimice al mismo tiempo los efectos negativos que provoca el desarrollo turístico.

Es esencial resaltar, en este punto, que incluso cuando el despliegue del ecoturismo tiene como objetivo proporcionar beneficios económicos a las zonas protegidas, el propio parque se debe administrar, observar y controlar de forma rigurosa, mediante la aplicación de medida de protección que impidan el deterioro del enclave debido a la presencia de los turistas. La mayoría de zonas protegidas que tienen los índices más altos de biodiversidad se caracterizan por su fragilidad, debido a la cual los impactos causados por la presencia de los seres humanos, por pequeños que sean, tiene efectos ecológicos importantes. Las propias zonas protegidas están muy solicitadas como destino para el turismo centrado en la naturaleza, precisamente por los rasgos naturales que la creación de estos parques naturales intenta proteger: concretamente su grado de biodiversidad, el carácter apartado de estos lugares y los ecosistemas en perfecto estado. No obstante, muchas de estas zonas carecen de infraestructura y, por tanto, los gestores de los parques disponen de escasos recursos para afrontar los niveles de desarrollo cada vez mayores que están alcanzando el turismo.

Se ha demostrado que la defensa de las zonas protegidas exclusivamente por su valor intrínseco resulta difícil. En sociedades capitalistas como las nuestras, las concesiones caras –ya menudo expansivas– sobre los escasos recursos de suelo se deben basar en criterios amplios y se deben integrar en un marco de gestión coherente; el ecoturismo ha hecho posible el logro de estos objetivos.

La sostenibilidad es un elemento clave para el ecoturismo. La meta del ecoturismo es, pues, una sostenibilidad con la que se intenta proporcionar una base de recursos para el futuro, y con la que persigue asegurar la productividad de la base de recursos, mantener la biodiversidad y evitar que se produzcan cambios ecológicos irreversibles, al tiempo que se garantizan la igualdad de oportunidades, tanto en el marco de una generación como entre generaciones sucesivas.

El ecoturismo quiere sacar provecho del aumento del turismo que se dirige a zonas protegidas famosas por su belleza sobresaliente y su extraordinario interés ecológico, con la intención de hacer que los beneficios derivados de esta actividad turística reviertan en la comunidad receptora. Se parte de la premisa de que el ecoturismo sólo puede ser sostenible si se conservan y mejoran los activos naturales y culturales en los que se basa. Esto supone reducir el impacto social y biofísico que causa la presencia de visitantes, reducir la pérdida de beneficios potenciales por parte de países de desarrollo, aumentar la concientización y las iniciativas relacionadas con el medio ambiente entre los turistas y, por último, ofrecer oportunidades para las personas cuya subsistencia, de no existir esas oportunidades, depende de la extracción de los recursos de la zona en cuestión.

Las directrices de gestión en entornos naturales atractivos resultan a menudo previsibles para los turistas que se inclinan por la naturaleza como destino de sus vacaciones. El control de la gestión sirve para proteger y conservar la zona, asegurándose de que se cumplan las expectativas del visitante, con lo que se garantiza el mantenimiento de una clientela junto con las bases de recursos naturales. Entre los factores que deberían estar bajo control de los administradores y que pueden afectar tanto a esos entornos naturales atractivos como a las expectativas de los turistas, podemos citar la infraestructura y el desarrollo turístico, los niveles de llegada de visitantes, los guías, el vandalismo, la compra de recuerdos, el acceso a las distintas zonas, la conducción de todo terreno por la noche y alimentar a los animales.

En condiciones ideales, los grupos de ecoturismo deberían ser pequeños en volumen con el fin de proporcionar al cliente una experiencia de mayor calidad, ya que esto ayuda a reducir al mínimo las presiones y los impactos ecológicos, al tiempo que permite que se hagan realidad las metas intrínsecas del turismo. El ecoturismo puede fomentar que se aprecien los entornos naturales y las culturas tradicionales, al ofrecer al turista la posibilidad de experimentar de primera mano lo que se siente en uno de estos enclaves. Sólo cuando se da este contacto de primera mano con el entorno natural, en combinación con el interés por aprender y por buscar otras formas intrínsecas de disfrutar, se puede hablar de una verdadera experiencia ecoturística.

La capacidad de carga, el Espectro de Oportunidades para las Actividades de Ocio (EOAO), los Límites de Cambio Aceptable (LCA), la Gestión del Impacto producido por el Llegado de Visitantes (GIV) y el Proceso de Gestión de las Actividades de los visitantes (PGAV) son marcos propicios para la toma de decisiones orientadas hacia la sostenibilidad en el contexto de la administración de zonas protegidas. Cuando se ponen en práctica, ayudan a proteger el patrimonio natural y cultural de un país, hacen que el público valore más los recursos, e intentan resolver el conflicto que plantea la relación entre recursos y usuarios.

Con el ánimo de apreciar en su justa medida el valor de estas estrategias y su relación con la gestión de operaciones de ecoturismo, vamos a usar las zonas protegidas como punto de referencia para tratar en profundidad las cuestiones específicas que tienen que ver con las prácticas basadas en la sostenibilidad; analizaremos su desarrollo histórico en el marco de una concientización cada vez mayor acerca del medio ambiente y la capacidad para abordar, de forma exhaustiva, los factores de índole social.

Breve repaso histórico de las estrategias relacionadas con las zonas protegidas y la gestión sostenible

El equilibrio de la tensión entre recursos y usuarios que se constata al final del siglo XIX y hasta la década de los sesenta se logró en gran medida concentrarse los esfuerzos de investigación, planificación y gestión de la base de recursos en determinar la infraestructura y las instalaciones de que dispone un parque. Los factores sociales y económicos no constituían un componente fundamental en la planificación y gestión del parque, y se sabía bien poco acerca de las dimensiones y las características del uso realizado por los seres humanos.

En este sentido, la dirección no se preocupa por la relación de interpretación de los sistemas sociales y los biofísicos. No existía un planteamiento general acerca de la selección de oportunidades para los visitantes, y tampoco se podía medir el grado de efectividad de los servicios ofrecidos. A menudo se tomaban decisiones incorrectas relacionadas con el tamaño y la localización de las instalaciones, no existía una implicación por parte de los organismos públicos en la elaboración de planes para los parques y con frecuencia la información que se proporciona a los visitantes era confusa.

La creciente utilización de las zonas protegidas con fines relacionados con el ocio y el turismo suele traer consigo impactos ecológicos y sociales negativos. Estos impactos se han de controlar si se quieren conservar los valores de la zona, tanto desde el punto de vista de la ecología como en cuanto a las posibilidades de ocio. Se han diseñado numerosos marcos de planificación y gestión que deberían ayudar a los gestores a impedir, combatir o reducir al mínimo los efectos del uso de los entornos naturales para fines de ocio.

Los conceptos de la Capacidad de carga, el Espectro de Oportunidades para las Actividades de Ocio (EOAO), los Límites de Cambio Aceptable (LCA), la Gestión del Impacto producido por la llegada de Visitantes (GIV), el Proceso de Gestión de las Actividades (PGAV), así como el Modelo de Optimización de la Gestión Turística (MOGT), son muestras de marcos de planificación y gestión relacionados con la llegada de turistas. Cada uno de ellos pretende complementar los procesos de gestión y toma de decisiones ya existentes.

La capacidad de carga resulta fundamental para la protección del medio ambiente y el desarrollo sostenible. Este concepto alude al máximo uso que se puede hacer de un enclave dado sin llegar a provocar un impacto negativo sobre los recursos, ni reducir el grado de satisfacción entre los visitantes, o influir de forma adversa sobre la sociedad, la economía y la cultura de la zona en cuestión. Los límites para la capacidad de carga pueden resultar difíciles de cuantificar a veces, pero son esenciales en la tarea de planificación del turismo y las actividades de ocio desde el punto de vista medioambiental.

La capacidad de carga

El concepto de capacidad de carga surgió en la década de los setenta. Su idea central es que los factores medioambientales imponen límites sobre el volumen de población que puede soportar una zona determinada. Cuando se sobrepasan estos límites, se ve mermada la calidad del entorno y, en último término, su capacidad para albergar ese volumen de población. Se pensaba que mediante estudios biológicos sobre datos objetivos se podría determinar la capacidad de los recursos naturales de una zona, estableciendo así qué nivel de uso podría soportar el entorno y regulando el acceso a los recursos. Según Stankey (1991), esta base “científica” explica por qué el concepto de Capacidad de carga ha resultado tan atractivo como noción importante para la gestión del ocio y del turismo.

Existen tres vertientes principales en la capacidad de carga del turismo

- La Biofísica (ecológica), relacionados con el medio natural.
- La sociocultural, que alude ante todo al impacto que recibe la comunidad receptora y su cultura.

- La relacionada con las instalaciones, que se centra en la experiencia del visitantes.

La capacidad de carga varía dependiendo de la temporada del año y, con el paso del tiempo, factores como los patrones de conducta de los turistas, el diseño y la gestión de las instalaciones, el carácter dinámico del entorno y las actitudes cambiantes de la comunidad acogida también variarían de una u otra manera, todo lo cual va a influir en la determinación de la capacidad de carga. Sin embargo, ésta no ha resultado tan útil como se preveía. Quizá se esperaba que proporcionara una respuesta exacta a la pregunta de ¿cuándo es demasiado? En lugar de eso, en función de las hipótesis y los valores, lo que se ha obtenido son “estimaciones muy cambiantes de la capacidad” relacionadas con los tipos y los niveles de uso. Existe una amplia gama de valores y percepciones diferente acerca de los constituye u “impacto inaceptable”. No se han definido medidas absolutas sobre las condiciones de los recursos que sirvan de punto de referencia para hablar de “volumen excesivo de población” o “daños a los recursos”.

Dado que las cuestiones sociales y la gestión, así como los recursos naturales, influyen en el cálculo de la capacidad de carga, no se puede establecer un valor numérico que en caso de ser sobrepasado nos sitúe en terreno de los impactos inaceptables: “Si se quiere evitar la mayor parte del impacto, sería necesario restringir el uso a niveles muy bajos” (Stankey 1991). La constatación de que se está produciendo un impacto evidente sobre los recursos de una zona no hace que se deje de usar esa zona con fines de ocio. Esta situación se deriva de la ausencia de un marco adecuado en el que se refleja la relación entre las expectativas, el uso y el impacto del visitante sobre una zona, por un lado, y las decisiones relacionadas con la gestión de dicha zona, por otra.

Como consecuencia de todo lo dicho, el análisis de la capacidad de carga ha acabado prácticamente por ignorarse, debido a la complejidad de los parámetros que se han de tener en cuenta y, si bien es cierto que los operadores turísticos pueden ser conscientes de que la presencia de un número excesivo de turistas puede deteriorar el medio ambiente y disminuir el valor de la experiencia vacacional de sus clientes, existen muy pocos ejemplos en los que las agencias hayan usado la capacidad de carga para poner límites al crecimiento del turismo.

Las soluciones que se plantean ante el abuso y la congestión de población difieren en función de las estrategias adoptadas por las agencias que administran las zonas silvestres. Un estudio realizado en 1987, por ejemplo, reveló que sólo 6 de entre 38 gestores de estos entornos naturales habían realizado una estimación de la capacidad de carga con respecto a las actividades de ocio, pese a que la mayoría de ellos mostraban inquietud acerca de los problemas generados por la utilización excesiva de los parques.

Canadá reconoció las deficiencias del concepto, entre ellas, no tener en cuenta los aspectos sociales, y se propuso seguir trabajando para elaborar conceptos sobre bases más amplias. Así, el Espectro de Oportunidades para las Actividades de Ocio se basa en hipótesis y principios que se han tomado de otras líneas de investigación.

El espectro de oportunidades para las actividades de Ocio (EOAO)

El EOAO es un marco estructural desde el que se pueden prescribir valores para la capacidad de carga y abordar el problema de los impactos producidos por las actividades de ocio. El proceso se basa en gran medida en juicios, pero establece unos estándares explícitos en relación con las condiciones apropiadas en cada clase de oportunidad. La determinación de capacidades de carga para las zonas de ocio trae consigo que se establezcan condiciones de uso que se estimen apropiadas para cada tipo de oportunidades y también proporciona una forma de evaluar los valores relativos en cuanto al número de personas que resultan de cambiar los tipos de oportunidades.

En el enfoque que representa el EOAO, se dejaba a un lado la preocupación por el tipo y el volumen de uso que se hacía de una zona y se pasó al interés por los atributos que posee el entorno en el que está ubicado el parque tanto desde el punto de vista de los rasgos biofísicos y sociales como la óptica empresarial. El EOAO fue sometido después a una reelaboración con la que se pretendía ofrecer una serie lógica de pasos interrelacionados en el contexto de la planificación de zonas naturales en estado puro. Este nuevo marco se conoce como el sistema de los Límites del Cambio aceptable (LCA).

El EOAO centra su atención en el marco donde se desarrollan las actividades de tiempo libre. Un espacio de oportunidades para las actividades de ocio constituye una combinación de condiciones físicas, biológicas y de gestión empresarial que dan su valor a un lugar. El EOAO se ha descrito como un marco en el que se presentan las capacidades de carga y los impactos causados por la gestión de las actividades recreativas. Proporciona también un modelo sistemático para abordar la distribución real de oportunidades y un procedimiento para evaluar posibles iniciativas de gestión.

Clark y Stankey (1979) propusieron inicialmente una serie de cuatro niveles de desarrollo, o cuatro clases de gestión de acuerdo con el EOAO, a saber: semimoderno, moderno, semiprimitivo y primitivo.

Los factores que se utilizaron para describir las clases de gestión fueron:

- El acceso
- Otros usos de los recursos no relacionados con el ocio.
- La gestión en el interior del enclave.
- La interacción social.
- El grado de aceptabilidad de los impactos sociales.
- Un nivel aceptable de reglamentación.

Las limitaciones del EOAO tienen que ver con el hecho de que se basa la capacidad de carga en relación con el desarrollo de actividades recreativas, una capacidad de carga que se percibe como un producto de una evaluación de datos técnicos, en clara contraposición a los juicios de valor que sopesan los impactos desde el punto de vista de los recursos y la sociedad, junto con las necesidades y valores humanos.

Los Límites de cambio aceptable (LCA)

La metodología de los Límites de Cambio Aceptable es una extensión del concepto de Espectro de Oportunidades para las Actividades de Ocio y reconoce tanto la vertiente social como la ecológica de los impactos producidos por las iniciativas relacionadas con el disfrute destiempo libre. Esta metodología involucra tanto a los gestores de recursos como a los que tienen intereses económicos en estas actividades en los siguientes procesos.

- La identificación de estándares, tanto desde el punto de vista social como en lo que se refiere al uso de los recursos que resulten aceptables y accesibles.
- Aportar pruebas de las distintas existentes entre las circunstancias que serían deseables y las que realmente se están dando.
- Describir iniciativas de gestión que pueden salvar esas distancias.
- El seguimiento y la evaluación de la eficacia de la gestión.

El sistema de planificación que se basa en la metodología LCA consta de nueve pasos:

1. Identificar los motivos de inquietud y los problemas.
2. Definir y describir las clases de oportunidades.
3. Seleccionar los indicadores que muestran las condiciones en que se encuentran los recursos y el entorno social.
4. Llevar a cabo un inventario de las condiciones de los recursos y del entorno social.
5. Especificar unos estándares que sirvan de referencia para los indicadores de los recursos y del entorno social.
6. Identificar la posibilidad de introducir clases de oportunidades alternativas.
7. Evaluar y seleccionar una alternativa.
8. Poner en práctica iniciativas y hacer un seguimiento de las condiciones.

Si se compara con el EOAO, la metodología LCA ofrece más posibilidades para la participación por parte de la opción pública, lo cual hace posible enfocar la planificación de la gestión de entornos naturales en estado puro desde un marco de consenso. Pese a todo, pocos sistemas basados en esta metodología se han implantado con éxito, debido, en opinión de muchos, a la falta de apoyo político y económico por parte de los que tienen intereses en estas actividades. Los sistemas LCA necesitan, por otra parte, un volumen considerable de recursos para establecer inventarios de las condiciones de los recursos y del entorno social.

La metodología de LCA ofrece un sistema técnico de planificación. Proporciona un marco sistemático de toma de dediciones que ayuda a determinar qué recursos y qué condiciones sociales son aceptables y hace una prescripción en la que menciona las iniciativas e gestión apropiadas. La metodología LCA atenúa la gravedad del conflicto que se produce entre el ocio, el turismo y la conservación, define los impactos que se asocian con distintos niveles de protección medioambiental y ayuda, asimismo, a sentar las bases

para que se pueda producir un cambio ecológico que resulte coherente, apropiado y aceptable para diversos tipos de oportunidades para las actividades de ocio. Mediante el diseño de indicadores y estándares específicos relacionados con los valores de la conservación y realizando una labor de seguimiento, es posible definir qué niveles de impacto se pueden tolerar antes de que se haga necesaria la intervención relacionada con la gestión.

Cabe resaltar que el sistema de LCA no es sólo un desarrollo y una ampliación del marco estructural del EOAO. También representa una importante reformulación de los elementos clave en el concepto de Capacidad de carga. Si dejamos a un lado la pregunta ¿cuánto uso confines de ocio es demasiado? Y nos preocupamos más por las condiciones que se desean obtener, e enfoque LCA consigue eludir el acertijo “uso/impacto”. Dado que las condiciones de los recursos y del entorno social son de gran importancia, la metodología de LCA centra su atención en la gestión de los impactos ocasionados por el uso.

Gestión del impacto producido por la llegada de visitantes (GIV)

El proceso de Gestión producido por la llegada de Visitantes supera una combinación de tres cuestiones, concretamente: la revisión de la legislación y las políticas concretas, un mecanismo científico para la identificación de los problemas (tanto sociales como naturales)y, por último, la capacidad de análisis y juicio profesional. Los principios de la GIV son los siguientes.

- Identificar los cambios inaceptables que trae consigo el uso por parte de los visitantes y elaborar estrategias de gestión que logren mantener el impacto producido por la llegada de turistas en niveles aceptables.
- Integrar la gestión de los impactos producidos por la llegada de visitante en los procesos de planificación, diseño y gestión que ya aplican en la actualidad las agencias.
- Basar la gestión del impacto causado por los visitantes en la mejor comprensión científica posibles y lamedor información situacional que esté disponible.
- Determinar objetivos de gestión que muestren en qué condiciones deseamos que se encuentren los recursos y qué tipo de experiencias de tiempo libre tenemos que proporcionar.
- Identificar los problemas derivados del impacto causado por los visitantes estableciendo una comparación entre los estándares de condiciones aceptables y los indicadores de impactos clave en los momentos y lugares que se determinan.
- Basar las decisiones de gestión, si se quiere minimizar los impactos o mantener unas condiciones aceptables, en el conocimiento de los orígenes de los impactos inaceptables así como de las interrelaciones de dichos impactos.
- Afrontar los impactos causados por los visitantes utilizando una amplia gama de técnicas de gestión alternativa.
- Formular objetivos para la gestión de la llegada de visitantes, en los que se contemplen distintos niveles de impactos aceptables, con el fin de acoger la

diversidad de entornos y oportunidades de vivir experiencias que se presentan en cualquiera de estas zonas situadas en plena naturaleza.

Tanto la metodología LCA como la de la GTV se basan en indicadores y estándares que resultan instrumentos útiles en la definición de los impactos que se consideran inaceptables, colocando además las capacidades de carga dentro de un contexto de gestión empresarial más global. Sin embargo, la GIV hace referencia a la planificación y al diseño de políticas concretas y pretende asimismo identificar las causas probables de los impactos, en tanto que la metodología LCA se fija más en la definición de clases de oportunidades.

El Proceso de Gestión de las Actividades de los Visitantes (PGAV)

Mientras que el Espectro de Oportunidades para las Actividades de Ocio y la metodología de los Límites de Cambio Aceptables se centraban en la gestión de los recursos, en el Proceso de Gestión de las Actividades de los Visitantes (PGAV) se adopta otra postura, orientada a hacer hincapié, una vez más, en el usuario de los recursos.

El PGAV no es sino una ampliación del sistema de Gestión de impactos causados por la llegada de Visitantes (GIV) del que nos hemos ocupado anteriormente. No ha suscitado demasiado interés en las revistas especializadas en la gestión de actividades de ocio, pero tanto en Estados Unidos en Canadá se ha escrito muchísimo sobre el PGAV.

El proceso de Gestión de Actividades de los Visitantes tiene que ver con la interpretación y los servicios ofrecidos a los visitantes. Este marco de trabajo implica el diseño de perfiles de actividades que tengan relación con:

- Las características sociales y demográficas de los participantes.
- Los requisitos relacionados con el marco en el que se desarrollan las actividades.
- Las tendencias que ejercen alguna influencia sobre la actividad.

El marco de partida del proceso PGAV se ha diseñado para funcionar paralelamente al proceso de gestión de recursos naturales.

El PGAV es una concepción preactiva y flexible para la elaboración de dediciones que puede ayudar a conseguir un planteamiento más consistente desde el que abordar la gestión de las zonas protegidas. Tiene potencial para conseguir más y mejor información acerca de los usuarios de costumbre, las partes con intereses en el negocio, los visitantes y los “no visitantes”. La información referida tanto a las ciencias naturales como a las sociales sirve para tomar decisiones relacionadas con el acceso a las zonas protegidas y con el uso que se hace de ellas. También incluye un formato para evaluar la efectividad de los esfuerzos tendentes a satisfacer las necesidades del público en general.

El PGAV no es un proceso que pretenda justificar el desarrollo aleatorio en un enclave;

ofrece, por el contrario, una ayuda para comprender y, allá donde sea necesario, modificar el comportamiento de los visitantes. Las preguntas que actúan como guía en el proceso se refieren a necesidades y expectativas, a los servicios e interpretación y a las posibilidades educativas que debería proporcionar un enclave turístico, al nivel de servicio tanto para el uso actual como el que se proyecta hacer en el futuro y al grado de satisfacción por parte de los visitantes.

El PGAV proporciona un marco que garantiza que la comprensión, la valoración y el disfrute de los recursos por parte del visitante se tienen en cuenta tan cuidadosa y sistemáticamente como la protección de recursos naturales. El PGAV no es algo aislado, sino se inscribe en un marco de planificación y gestión muy bien estructurado, ya que viene a representar cómo los datos de las ciencias sociales se integran en el proceso de planificación de la gestión de un parque.

La aplicación del concepto básico del PGAV a la forma de elaborar de los programas de visitantes sigue de cerca las pautas de planificación tradicional que suele utilizar la mayoría de las agencias administradoras de recursos. Sin embargo, se hace mucho hincapié durante todos y cada una de las etapas en la comprensión de los visitantes que lleguen al parque. El objetivo es determinar cuál es la situación actual al comparar las expectativas del parque por un lado y las del visitante por otro, para evaluar después la actividad real que se ofrece en cuanto a los servicios, su uso y el grado de satisfacción del visitante. El enfoque proactivo del PGAV al marcar los perfiles de los grupos de actividades para los visitantes, a resultados del cual se propone mensajes objetivos y la evaluación de los mismos antes de elaborar programas interpretativos, puede hacer posible el diseño de programas más efectivos de interpretación y educación ecológica.

El Modelo de Optimización de la Gestión Turística (MOGT)

El Modelo de Optimización de la Gestión Turística fue elaborado por Manidis Roberts Consultants. Parte de la base establecida en la metodología LCA para incorporar un componente político más visible y pretende controlar y administrar la actividad turística desde una perspectiva que se basa en la búsqueda de un rendimiento óptimo pero sostenible, y no se centra en la consecución de los niveles máximos o en las capacidades de carga. La utilización del MOGT implica lo siguiente:

- Identificar los imperativos estratégicos (tales como las políticas concretas y los problemas emergentes).
- Identificar los valores de la comunidad, las características del producto, las pautas de crecimiento, las tendencias de mercado, el posicionamiento y la promoción de imágenes de marca. Y las alternativas que se pueden plantear en cuanto a la evolución posible de la actividad turística en una región.
- Identificar las condiciones óptimas, los indicadores, los límites aceptables, las técnicas de seguimiento, los parámetros, el rendimiento anual y las previsiones de rendimiento de cara al futuro.
- Identificar cuándo el rendimiento es bajo, estudiar las relaciones causa/efecto,

identificar los resultados que exigen una respuesta por parte del sector turístico o de otros sectores, y diseñar alternativas de gestión que sirvan para luchar contra el problema de bajo rendimiento.

La gestión del uso que realizan los visitantes

Los marcos estructurales de los que hemos ocupado en las páginas precedentes representan instrumentos eficaces para evaluar y afectar una proyección sobre los ecosistemas naturales. Una vez que se han establecido, estos límites deben ser objeto de un estricto seguimiento que permita garantizar el mantenimiento de unos límites de sostenibilidad mínimo que sirvan de referencia.

Restricciones de uso

Un planteamiento bastante común y directo de gestión de la llegada de visitantes es el que se basa en las restricciones de uso. Por ejemplo, en el Parque Nacional del Gran Cañón del Colorado las expediciones de rafting organizadas por grupos de particulares o empresas comerciales se han limitado a una cifra de 2.000 por año aproximadamente. Otro caso es el de la isla de Skomer, en el País de Gales, un santuario de aves con acceso controlado mediante un solo ferry diario, con lo que la cuota diaria de visitantes no sobrepasa las cien personas. Aunque el tamaño pequeño de los operadores de ecoturismo hace que resulte más fácil limitar de alguna manera la cifra de turistas, a los gestores se les puede plantear también la necesidad de implantar más límites especiales para controlar el volumen y la capacidad de las operaciones turísticas que tienen lugar en zonas silvestres. Las iniciativas de los operadores privados pueden sufrir restricciones mediante la exigencia de permiso o la aplicación de otras normas restrictivas que intentan proteger el entorno de impactos excesivos o destructivos. Además de par controlar los impactos negativos producidos en el entorno natural, este tipo de normas servirá también para aumentar el nivel de calidad de la experiencia turística, ya que la mayoría de los ecoturistas ven en el número excesivo de turistas un problema importante. La investigación muestra que si se reduce la cantidad de visitantes, especialmente en zonas de acampada, el nivel de calidad de la experiencia turística tiende a aumentar, aunque, lógicamente, también es cierto que disminuye el número de personas que pueden disfrutar de los beneficios de esa experiencia nueva.

Por consiguiente, la intensidad de uso (¿cuántas personas están ocupadas realizando actividades concretas?) es un elemento que han de tomar muy en consideración los gestores de entornos naturales protegidos. Las normas pueden utilizarse no sólo para controlar las cifras de visitantes que entran en una zona específica de un momento o período de tiempo dados, sino también para controlar los puntos de acceso y prever los tipos de actividades que los visitantes puedan realizar allí. Además de implantar estos controles, es posible que los administradores de estas zonas silvestres necesiten emplear algún tipo de elementos disuasorio que evite que se contravengan las normas. Estos elementos suelen adoptar la forma de multas y otras sanciones que pueden resultar difíciles de llevar a efecto debido a las limitaciones de los sistemas de vigilancia.

Si pretende limitar el número de visitantes en una zona, la dirección debe establecer primero un valor de capacidad de carga referida a los visitantes –es decir, se ha de hacer una estimación de la capacidad que tiene una zona para absorber visitantes sin que el uso de la zona en cuestión deje de ser sostenible-. Hay que efectuar una evaluación de los recursos ecológicos, sociales y de gestión empresarial, ya que todos estos factores no hacen sino limitar la capacidad de carga de la zona de que se trate.

Un problema que suele acompañar el establecimiento de capacidad de carga es que se trata de una cuestión subjetiva, de manera que en función de los distintos intereses se van a tolerar diversos tipos de deterioro medioambiental. Por tanto, la dirección debe determinar el nivel de uso por parte de los visitantes que puede albergar una zona, manteniendo un alto grado de satisfacción entre los visitantes al tiempo que el impacto sobre el medio ambiente es escaso.

El empleo de la redistribución de usos como técnica de gestión de la llegada de visitantes puede hacerse de manera directa o indirecta. Los gestores usan casi siempre este tipo de técnicas para reducir la concentración del uso en general, mediante el traslado de algunos visitantes desde zonas con una alta densidad de visitantes hacia otras donde la presencia de turistas es mucho menos numerosa. Se piensa que los turistas tienden a limitarse a pequeños segmentos de zonas silvestres, en una elección que viene determinada en gran medida por lo fácil que resulte el acceso a la zona y por los atractivos visuales que ofrezca. Aunque a los ecoturistas quizá no les guste, lo cierto es que sus experiencias turísticas a menudo se ven restringidas por los operadores o los guías de los viajes, los cuales intentan conjugar el objetivo de proporcionar a sus clientes la posibilidad de sentir realmente de cerca la flora y la fauna silvestre con las exigencias del negocio, que obligan a diseñar una actividad que produzca los mayores beneficios posibles. Podemos encontrar un ejemplo en los operadores del Parque del Serengeti en Tanzania, en el que los conductores de los autobuses se concentran en los 5 principales: el león, el leopardo, el elefante, el búfalo y el rinoceronte.

La redistribución de usos se ha puesto en práctica en la Reserva de Animales Salvajes de Ambroseli situada en el este de África, donde, a finales de los setenta, según las estimaciones, el 80% de los visitantes sólo utilizaba el 10% de la superficie total del parque. Esta técnica de redistribución de usos se utilizó para dispersar el movimiento de los visitantes a lo largo y ancho del parque, lo que permitió que la capacidad de carga pasara de 80.000 a 250.000 turistas anuales, un incremento que no suponía alteración alguna de los niveles de impacto. Sin embargo, puede que este planteamiento resulte contraproducente en el caso de la experiencia ecoturista a medida que aumentan los niveles de impacto, ya que se va a ser cada vez más difícil vivir la experiencia de encontrarse en una extensión de terreno auténticamente virgen.

Una posibilidad que se abre para los gestores es la transformación de los usos de manera particularizada en cada enclave, reduciendo el uso en zonas especialmente frágiles o excesivamente visitadas y trasladando parte del uso a zonas concretas con más capacidad para soportar dicho uso. Esto se puede lograr aplicando medidas de zonación y restringiendo los puntos de acceso, con lo que se podrán controlar los movimientos de los ecoturistas y de cualquier otro tipo de visitantes dentro de estos entornos naturales.

La zonificación

La zonificación se puede utilizar también como instrumento de control de los diversos usos que se hacen en las diferentes partes de una región. Se trata de una técnica multidimensional en el marco de la cual los datos ecológicos impulsan a buscar el equilibrio entre las exigencias de protección y de uso, determinando los niveles de uso más apropiados de las distintas zonas concretas dentro del parque. Uno de los resultados prácticos más importantes que se quiere obtener es la garantía de que las actividades que se llevan a cabo en una zona no tengan incidencia alguna sobre las funciones que se han planificado para otra zona. En lo que al turismo se refiere, la distribución por zonas debería abrirse también, a las partes del enclave que quedan fuera de las visitas organizadas; de esta forma, el impacto de la infraestructura sobre la flora y la fauna silvestre se reduce al mínimo. Por ejemplo, “las actividades relacionadas con el turismo y el ocio en la parte alta de la cuenca de un río puede afectar de manera negativa a los niveles de calidad del agua en la parte baja de ese mismo río; esto quiere decir que aunque esta parte baja de la cuenca del río haya sido objeto de zonificación con fines exclusivamente de conservación, puede sufrir un deterioro de la calidad del agua a pesar de que no se desarrollan actividades de tiempo libre en los terrenos que corresponden a esa zona de conservación” (Buckley y Panell, 1990).

Dado que el ecoturismo toma la forma de viajes de escaso impacto para los que se necesitan muy pocas instalaciones y que causan perjuicios ni al medio ambiente ni a otros usuarios de las zonas silvestres, no es tan común zonificar las actividades de ecoturismo para aislarlas de los otros usuarios como lo es zonificar otro tipo de actividades más directamente relacionadas con intereses comerciales. Por citar un caso, los gestores se ven en la obligación de limitar o prohibir la existencia de zonas donde las actividades de ocio mecanizadas, la equitación y otras diversiones similares son incompatibles con los objetos de reducir al mínimo el impacto negativo sobre el espacio silvestre concreto y de mantener el nivel de calidad de la experiencia turística de otros visitantes. Las instalaciones y servicios que se ofrecen a los visitantes actúan, pues, como un instrumento muy valioso para las tareas de gestión, ya que permiten a las autoridades que administran el parque establecer un flujo de turistas hacia zonas significativas/interesantes, controlar las actividades que se lleva a cabo en las zonas y alejar a los visitantes de las zonas más sensibles. Así pues, si se quiere limitar la presencia de tipos de turistas más tradicionales en espacios importantes para el ecoturismo, basta con asegurarse de que la zona en cuestión carece de las instalaciones necesarias para satisfacer adecuadamente las exigencias de los turistas más convencionales. Esta técnica de gestión indirecta basada en limitar la provisión de instalaciones en los entornos naturales parece estar sintonía con los datos que se dispone en cuanto a las preferencias de los turistas que visitan zonas silvestres; estos visitantes no reclaman esas instalaciones o servicios que los gestores se niegan a proporcionarles.

El diseño de sistemas de senderos

El diseño de sistemas de senderos es también una estrategia de gestión indirecta que puede ser efectiva no sólo en la redistribución de usos, sino también para mejorar el nivel de calidad de la experiencia turística de los visitantes, marcando el nivel de desafío, la calidad del escenario y las oportunidades de observar y aprender en cuestiones relacionadas con los procesos y las comunidades naturales. El diseño de sistemas de senderos puede convertirse en un factor importante a la hora de mejorar el nivel de calidad de experiencia

de los ecoturistas, ya que éstos confían en las posibilidades que ofrecen los senderos para convertirse en una verdadera experiencia, dejando de ser sólo una ruta hacia enclaves atractivos. Gran parte de los impactos negativos que se producen en los entornos naturales se deben relacionar específicamente con la conducta y las acciones de los visitantes más que con las cifras absolutas de usuarios. Es la minoría formada por “unos pocos grupos de personas sin preparación, sin conocimiento y descuidos, y no tanto los numerosos expediciones convencionales”, la que causa la mayor parte de los daños (Lucas, 1984). Las percepciones acerca de los entornos naturales pueden modificarse empleando diferentes instrumentos que sirvan para proporcionar información a los visitantes. Esta técnica de gestión indirecta puede ayudar a aumentar el disfrute de su estancia en la zona por parte de los visitantes, y también contribuye a fomentar maneras de comportarse que mejoran la calidad ecológica del enclave. Bucckley y Pannell (1990) reconocen que optar por la educación como alternativa de gestión está llamada a convertirse en la técnica de gestión más eficaz de todas, especialmente en los entornos naturales donde puede muy bien ser la única opción posible. Lucas (1984) resalta que los visitantes de las zonas silvestres “tienden a tener un elevado nivel cultural, la mayoría con formación universitaria y a menudo con estudios de licenciatura, y están muy comprometidos con la problemática de las zonas silvestres”. Los ecoturistas comparten estas mismas características, que, según se piensa, permiten que los programas de educación logren su objetivo al instruir a los turistas sobre las formas de minimizar los impactos negativos que su visita pueda causar en el medio ambiente que los rodea. Es importante, no obstante, que la información que se proporciona a los visitantes sea de carácter interpretativo, explicando las posibles interacciones de los visitantes y el medio ambiente y mostrando asimismo método para reducir cualquier tipo de impacto que pueda surgir como consecuencia de estas interacciones. Esta información se proporcionará en formatos del tipo folletos, mapas y panfletos y los visitantes prefieren que se les distribuya antes de entrar en la zona donde se encuentran los recursos. La mayor parte de la información que tiene como meta cambiar los patrones de conducta de los visitantes se refiere a la reducción de los impactos ecológicos y ofrece consejos sobre cómo realizar actividades como las acampadas o las marchas a pie que causan impactos mínimos sobre el entorno. Estos programas educativos suelen abordar cuestiones como los desperdicios, el uso de fogatas y los impactos sobre la vegetación.

La educación

Ningún recurso natural se puede administrar con eficacia si no cuenta con el apoyo y el respaldo de sus usuarios. Se reduce, pues, que ningún sistema de gestión de entornos naturales puede desempeñar su papel de forma adecuada si no está inspirado en unos objetivos de gestión apropiados. Si no se logra que los sistemas asuman su papel y no se proporciona información adecuada, es probable que se distancien algunos usuarios de las instalaciones de ocio y que descienda el grado de apoyo global con el que cuenta el sistema de reservas en su conjunto. Esta situación sería muy grave, ya que habría muy pocas probabilidades de que existiera una gama tan diversa y tan extensa de entornos naturales protegidos si no se contara con el respaldo de las instituciones públicas. El destino de los sistemas de gestión de las reservas naturales viene condicionado en gran medida por presiones sociales y políticos. Incluso los procedimientos de gestión que incorporan la mejor planificación están condenados a fracasar si no reciben apoyo público. Una base

sólida de respaldo por parte de los estamentos públicos a las metas y los objetivos de las zonas protegidas es una de las condiciones previas indispensables para que dichas zonas se puedan administrar adecuadamente. De estos planteamientos han de surgir la voluntad política, el respaldo financiero y la dotación de personal que se necesitan para la consecución de las metas y los objetivos de la gestión. Por esta razón, resulta esencial que la dirección de los entornos naturales protegidos proporcione información que dé lugar a cambios en los patrones de conducta, y no se que de sólo en una mera toma de conciencia. Como vamos a ver en el próximo capítulo, la interpretación y la educación son componentes clave en el ámbito del ecoturismo y el establecimiento de las zonas protegidas proporciona uno de los ingredientes esenciales para que la interpretación logre sus propósitos. Estos enclaves protegidos proporcionan la oportunidad de observar los procesos los procesos naturales, de apreciar la interrelación que se da entre los distintos sistemas ecológicos naturales y de entender las consecuencias de los cambios humanos y, en último término, la degradación del entorno. Las actividades de ocio al aire libre han representado la función principal de todos los parques y los enclaves que albergan reservas naturales, a pesar de que la conservación es quizá el papel más vital y necesario en términos inmediatos que deben desempeñar estas zonas. En este contexto, las actividades de ocio se suelen limitar a las que “encajan con el objetivo de conservar el estado natural puro” de las zonas, si bien es cierto que ya la propia definición puede plantear problemas. Así, por ejemplo, actividades como la marcha a pie por el campo. Ir de picnic. Acampar o hacer fotografías de escenarios naturales se suelen considerar aceptables tanto en los parques nacionales como en las zonas de reserva natural y, sin embargo, incluso esos usos de ocio tan limitados pueden causar problemas, incluidos daños materiales a los recursos ecológicos y culturales. Pueden surgir y de hecho surgen conflictos entre distintos usuarios por untado y entre usuarios y gestores por otro, cuando se trata de determinar qué se entiende por comportamiento aceptable en la realización de actividades de tiempo libre en cualquier enclave concreto.

Por consiguiente, entre las prioridades del ocio al aire libre deberán figurar la búsqueda del equilibrio entre la oferta y la demanda, una equiparación entre la adecuación de los recursos y las necesidades y los deseos de los seres humanos en relación con el aprovechamiento del tiempo libre. Han pasado a ser esenciales las estrategias de gestión que logran conciliar las actividades de ocio con otras prioridades como la de la conservación, especialmente si se tiene en cuenta la creciente demanda de visitantes. Si antes importaba sobre todo la gestión de los recursos, en la actualidad la forma de afrontar la llegada de visitantes se ha convertido en el componente más importante de la gestión de las actividades de ocio.

Los operadores que organizan viajes a espacios naturales y a otras zonas protegidas deben asumir también su parte de responsabilidad para reducir al mínimo los impactos causados por sus operaciones en el entorno del enclave turístico que se visita. Entre los ejemplos de técnicas educativas que pueden poner en práctica los operadores turísticos s pueden mencionar las proyecciones de diapositivas, las conferencias y los debates, todo ello con el fin de que los visitantes se familiaricen con la flora y la fauna silvestre, así como con la historia y cultura de la zona más o menos remota en la que se encuentran en ese momento. Sin embargo, con las operaciones turísticas también hay que instruir e informar a los guías de las excursiones acerca de las condiciones más apropiadas para las regiones ecológicamente sensibles. El grupo de empresas Tiger Mountain que opera en Nepal cree

que hay que “educar a los clientes senderistas antes de abandonar Katmandú con sesiones informativas exhaustivas acerca de cuestiones relacionadas con la ecología y la manera de comportarse. Nuestros grupos guiados por *serpas*, que rara vez pasan de doce personas, dejan los campamentos del como los encontramos al llegar y se llevan consigo toda la basura que no es biodegradable” (Cheogyal, 1991).

Un beneficio más directo de la interpretación es el que proporciona como instrumento de gestión, que sirve para ocuparse de la llegada de visitantes y para reducir los impactos causados por esos visitantes. Una de las principales críticas que se suele hacer al ecoturismo es que representa una amenaza de destrucción para el entorno que intenta proteger. La interpretación es una manera efectiva en la que los gestores pueden fomentar la conducta apropiada y alivia de esa manera comportamientos potencialmente perjudiciales por parte de los ecoturistas. Por ejemplo, el ecoturista que hace senderismo a través del Himalaya en el Nepal con el objetivo de adquirir un conocimiento más profundo del medio ambiente subalpino puede dejar tras de sí senderos con papel higiénico, así como botellas y latas vacías desparramadas por el suelo, junto con las cenizas de hogueras que utilizó para cocinar. Sin embargo, se puede instruir a estos ecoturistas empleando medios interpretativos para lograr que sean conscientes de la devastación que está causando en impacto producido por sus actividades.

Aunque se han elaborado y puesto en práctica otras estrategias para reducir los impactos ecológicos causados por la presión que ejerce la presencia de visitantes en las zonas protegidas y en los parques nacionales, la interpretación es un planteamiento clave debido a sus efectos a largo plazo. Así, por ejemplo, la interpretación puede ayudar a los visitantes a comprender y preciar las diferencias en cuanto a actividades permitidas, prácticas de gestión relacionados con la conservación, según se trate de parques nacionales, bosques de titularidad estatal, reservas y zonas silvestres de propiedad privada, ya que dicha interpretación constituye una parte importante de cualquier plan estratégico de gestión.

Pese a que muchos piensan que la interpretación es la herramienta más poderosa para abordar la gestión de la llegada de visitantes, lo cierto es que sólo en muy raras ocasiones se ha incorporado plenamente en mecanismos de planificación importantes. No obstante, hoy en día se reconoce que la relación entre interpretación y gestión es fundamental y que ambos aspectos están íntimamente ligados en el marco de la aplicación de políticas concretas de gestión. Así, por ejemplo, la interpretación tiene una gran influencia en la determinación de la capacidad de carga de una región. Limitando el número de encuentros o experiencias no deseados en el contexto de actividades de ocio, así como restringiendo la aparición de conductas inadecuadas en la zona y reduciendo los conflictos entre usuario, pueden aumentar los límites aceptables de capacidad de carga establecidos actualmente para el terreno en cuestión.

El cobro de entradas y otras tarifas para los usuarios

Las entradas y otras tarifas que han de pagar los usuarios son mecanismos que han ido ganando adeptos a medida que las zonas silvestres han ido adquiriendo más popularidad como enclaves en los que se pueden desarrollar actividades de tiempo libre. Existe una amplia gama de posibilidades tanto para las entradas como para otras tarifas, y en todos los casos se trata de métodos para conseguir ingresos derivados de las visitas, unos ingresos que es esencial canalizar para la consecución de objetivos relacionados con la conservación:

- Gastos de entrada: lo que se les cobra a los “usuarios” de una zona o instalación en forma de tarifas de entrada al parque, los hechos que se han de pagar para hacer senderismo, etc.
- Concesión: a los grupos o individuos que proporcionan ciertos servicios a los visitantes se les grava a menudo con una tasa que han de pagar si quieren que se les permita operar en un enclave (por ejemplo, los establecimientos de restauración y de alojamiento, así como las tiendas en las que se venden artículos al por menor)
- Las ventas y los royalties: tasas con que se grava un porcentaje de las ganancias derivadas de las actividades o de la venta de productos en un enclave (por ejemplo, las fotografías o las postales).
- Carga impositiva: un coste adicional que se añade a los productos y servicios utilizados por los ecoturistas (los impuestos de los aeropuertos, por ejemplo).
- Donaciones: se buscan a menudo entre algunos turistas que, con sus recursos económicos, pueden contribuir al mantenimiento de una de estas instalaciones turísticas.

El cobro de entradas puede representar una importancia fuente de ingresos para los gestores, especialmente en los países en vías de desarrollo, donde las zonas protegidas suelen disponer de menos fondos de los que necesitan. El planeamiento en el que se basa la aplicación de tarifas de entrada se centra en la primera de que la mayoría de los visitantes extranjeros viajan a zonas protegidas más o menos remotas o aisladas para experimentar de primera mano ese mismo aislamiento y comprobar qué se siente al encontrarse rodeados de entornos naturales en estado puro.

Es de suponer que esos visitantes estarán dispuestos a hacer su contribución para sufragar los gastos que supone el mantenimiento de estas condiciones. Los ecoturistas que realizan viajes formando parte de expediciones turísticas pagan una tasa que suele estar incluida en el precio del viaje.

En este capítulo se ha llevado a cabo una presentación de las cuestiones relacionadas con el ecoturismo y la gestión de zonas protegidas (parques nacionales). Hemos reflexionado acerca del justo término medio que se debe buscar entre las distintas visiones que existen actualmente en relación con la administración de nuestros recursos naturales, una reflexión que nos permite prever una evolución futura de la gestión inspirada en principios egocéntricos, en la que el ecoturismo actuará como catalizador. Si tenemos en cuenta el predominio del racionalismo económico y la creciente competencia creada en torno a los escasos recursos, la prevención que se puede hacer es que las zonas protegidas van a verse sometidas a presiones cada vez mayores. Los defensores de los parques han de incorporarse al debate político y deben

contemplar el ecoturismo como un instrumento que les permita lograr la justificación económica que va a garantizar la supervivencia de las zonas protegidas a corto plazo mientras se toman las decisiones políticas por parte de los organismos competentes que nos permitan reflexionar acerca de las perspectivas a más largo plazo. La conservación y el mantenimiento de los recursos naturales y del patrimonio cultural son preocupación que sobrepasan el ámbito local y que deben situarse en una escala global. Si se pretende que el turismo sea sostenible, se debe establecer un equilibrio entre los distintos tipos de turismo y el grado de desarrollo que alcance la actividad turística y las capacidades de los recursos disponibles, tanto los naturales como los creados por el hombre.